



VIGILANTES. El equipo médico del barco fletado por el Instituto Social de la Marina para asistir a la flota del Cantábrico, en uno de los raros momentos de descanso. / IGNACIO PÉREZ

EL 'CIENTÍFICO'



Características del buque

- **Dimensiones:** 52 metros de eslora; 10,97 de manga; y 5,49 de puntal.
- **Tipo:** antiguo bacaladero rom-
pehielos reconvertido en un
buque oceanográfico y de soco-
rro. Faenaba en aguas de Terra-
nova y tiene la máxima gra-
duación dentro de la marina
española (ya sea civil o militar)
para enfrentarse a la banquisa
polar.
- **Comunicaciones:** dos emiso-
ras de onda corta y dos VHF.
Comunicación por satélite In-
marsat. Acceso a bancos de
datos, Internet, correo electró-
nico.

INTERVENCIONES

Año 2001

- **Días navegados:** 216
- **Personas atendidas:** 122
- **Consultas:** 258. De ellas, 138
radio médicas; ambulatorias a
bordo del 'Científico', 58; y 62
a bordo de otros barcos.
- **Casos ingresados a bordo:** 32
- **Evacuaciones realizadas:** 30
- **Asistencias técnicas:** 23

«Es muy
peligroso trabajar
con un bisturí
en alta mar»

«Aquí la cura más
habitual es la
psicológica,
la de sueño»

Un día a bordo del buque médico 'Científico', que vela por la salud y la seguridad de un millar de pesqueros y 10.000 tripulantes

El ángel del mar

JOSU GARCÍA SANTANDER

—«Aquí pesquero *Virgen del Carmen*, llamada de socorro para el *Científico*».
—«Aquí *Científico*, le copio. ¿Qué ha ocurrido».
—«Accidente a bordo con fractura abierta de fémur».
—«Tranquilícese, *Virgen del Carmen*, enseguida salimos en su ayuda».

Peticiones de auxilio como ésta se reciben casi a diario en el puesto de mando del *Científico*, el navío que el Instituto Social de la Marina fleta cada año desde 1992 para acompañar a las flotas pesqueras de la anchoa, el pez espada y el atún. En total, ofrece asistencia médica embarcada a más de mil buques y 10.000 tripulantes.

Alta mar: El atardecer se despi-
de del Cantábrico. El viento sopla
fuerte y las olas, de dos a tres me-
tros, sacuden con violencia a una
flotilla de 250 barcos. Hay mareja-
da y esta noche de luna oculta por
las nubes va a ser dura. Ellos «lo
saben». Los médicos Esther y Jor-
ge y la enfermera Carmen integran
el equipo sanitario del *Científico*.
Permanecen muy atentos a la radio
y pronto advierten cómo se prepa-
ra el cerco para atrapar a los escu-
rridizos bocartes. La faena va a co-
menzar.

«Los pescadores trabajan al
límite de sus posibilidades; físicas
y también meteorológicas», reco-
noce Jorge, de 48 años, un apasio-
nado del mar nacido tierra aden-
tro, en Madrid. «Se podría mejo-
rar mucho en prevención, pero
nosotros lo comprendemos: si no
pescan, no hay sueldo; por eso
arriesgan al máximo», resume. La
ecuación es sencilla. Y dramática:
desde 1990, los siniestros y nau-
fragios se han cobrado 256 vícti-



SALA DE CURAS. Carmen, la enfermera, mira el avance de las nubes a través de un ojo de buey. / I. P.

mas sólo en aguas del Gran Sol y
el Cantábrico. 256 familias en Cas-
tro, Hondarribia, Ondarroa, Fer-
rol, Vigo y otras tantas localida-
des costeras de la cornisa que no
han visto regresar con vida a su-
eres queridos. En este encrespa-
do infierno, el *Científico* se con-
vierte en un ángel de la guarda,
un navío concebido para velar por
la seguridad y la salud de los obre-
ros del mar.

Miedo a la noche

Desde una perspectiva médica, la
costera de la anchoa es más tran-
quila que la del atún o el pez espa-
da. La flota, que no se aleja en ex-
ceso de tierra, regresa a puerto cada
fin de semana. La cobertura de las
urgencias y las evacuaciones se
puede efectuar con más facilidad y
sin la angustia de estar a 800 millas
de casa.

Sin embargo, la alarma acecha.
«A pesar de que se trabaja siempre
de noche, los accidentes son impre-
vistas». Cuando se producen, el ca-
pitán, Ramón Argibay, toca zafa-
rrancho. La tripulación, compues-
ta por nueve personas, y el equipo
sanitario toma posiciones. «Lo pri-
mero es vestirse», explica Esther.
Con rapidez, los dos médicos y uno
de los dos buzos que viajan a bor-
do se embuten dentro de trajes de
neopreno. La clásica bata blanca y
el maletín se sustituyen aquí por
un impermeable de campaña y una
enorme mochila.

Carmen, la enfermera, dialoga
por radio con el capitán del barco
que ha cursado el SOS para cono-
cer al detalle la situación y prepa-
rar el material preciso. Entretanto,
la tripulación iza la lancha rápida,
una zodiac de gran potencia. Las
enormes olas la mecen a su antojo

como una frágil cáscara de nuez.
Llega el momento más crítico. Jor-
ge, Esther y Toño, el buzo, saltan a
la barca. «La verdad, se pasa mie-
do cuando te enfrentas de noche a
una marejada», confiesa Esther, con
la mirada perdida.

«Son unos valientes», les anima
Carmen. «Son gente hecha de una
pasta especial, de un espíritu soli-
dario y un valor humano digno de
admiración», reconoce a solas el ca-
pitán. La balsa se acerca al pesque-
ro. En cubierta, los compañeros del
herido aguardan impacientes la lle-
gada del socorro. Es grave. El hom-
bre se ha partido el fémur por el im-
pacto de una polea rota.

El oleaje hace penosa la eva-
cuación. El buzo cae al agua, pero se
rehace pronto y sube de nuevo a la
balsa. En el *Científico*, Carmen ya
ha preparado la sala de curas, una
dependencia que sólo difiere de la